

## LAS CINCO DE LA MADRUGADA

Qué extraña forma tiene hoy la noche de ser noche, madre...

El reflejo de la luna resbala su lengua de sangre por la única ventana que me mantiene anclado al mundo tras estos muros de calicanto. La luz que se filtra es una luz cobriza y vaga, una luminaria propia de víspera de malos augurios. Mi única distracción es mirar por esta pequeña ventana —con barrotes de madera y batientes atrancados con un travesaño de hierro—, desde donde diviso un pedazo de cielo que contemplo como un lobo sediento y trasegado.

A pesar del calor del verano, qué fría está la noche, madre, y qué silenciosa. No hay viento; no cantan los grillos ni ululan las lechuzas; y ni siquiera percibo, aunque sea en la lejana oscuridad de la madrugada, la lumbrería de algún cabrero fumando a la intemperie junto a su ganado. ¡Qué no daría por llevarme un último cigarro a la boca! Pero ni eso tengo, y hasta eso me han privado en esta cárcel improvisada.

Qué cerrado está el cielo, madre, y qué plomizo, y qué enlutado. ¿Será que la luna, bruja de la noche, presiente la dolama de mi alma por todo cuanto ansío decirte en este momento de llantos y confesiones?

No se oye nada, sólo el silencio loco, ese sonido sin origen y sin fin que se encalla en el pensamiento y hace retroceder a los afluentes de la memoria. De fondo percibo los latidos de unos relojes. No, no son relojes, madre, son la desazón palpitante de quienes comparten celda conmigo en esta noche tan amarga como mi boca, nuestra última noche.

Ninguno duerme, pero ninguno habla. Sólo nos miramos, a veces de frente y a veces de reojo, y es que hay ocasiones en donde el mejor diálogo es el de unas miradas arropadas con silencio. Es increíble el poder lenitivo de unos ojos cuando convergen con otros en un momento tan fugaz y tan eterno como el que se nos aproxima. El miedo suda en nuestros cuerpos, se transparenta en nuestras miradas, pero ninguno se atreve a mencionarlo y disimulamos como niños que saben la verdad de la noche de Reyes y se cosen los labios para mantener viva la

ilusión del prójimo. Oh, madre, qué grandes recuerdos tengo de esas noches junto a mis hermanos, todos felices, en pijama, esperando el despunte del alba para ir corriendo al alfeizar del balconcillo y ver los regalos de los magos de Oriente. ¿Te acuerdas de la cara de Isabelita? El brillo de sus pupilas, semillero de inocencia, era el mejor regalo de todos.

Quién me iba a decir que así, en pijama y contemplando la luna como en aquel entonces, iba a transcurrir esta fatídica madrugada, antesala de mi muerte. Sí, madre, en pijama estoy, porque ni tiempo me dieron para vestirme como Dios manda. Me sacaron de la casa de Luis a punta de fusil, como quien captura a un criminal en flagrante delito, y me trajeron a este lugar donde, sin haber muerto, ya sé lo que es sentir el regocijo de la sombra acechándome la espalda. ¡No, no hace falta morir para sentir la muerte! Esta injusticia me ha servido para despertar de mi engaño personal y darme cuenta de que el corazón no muere cuando deja de latir, sino cuando el mundo olvida que tienes un corazón latiendo en tu interior. Y así me siento, olvidado, escarnecido, ultrajado, como una marioneta a la que nadie se digna siquiera a regalar una triste mirada de consuelo. Aquí he llorado, he rezado a Dios Padre hasta caer de rodillas, he tiritado de calor y de frío, y hasta he imaginado mil veces, madre, la expresión de tu bendito rostro si me vieras en estas condiciones. ¡Oh, si me vieras...! Ahora no soy más que un pulso herido que presiente el más allá. Ni yo mismo me reconozco en el vidrio de la ventana. ¡Qué duro es mirarse y no encontrarse en el reflejo! Te confieso que no podría soportar que me miraras con lástima. Si se dieran de bruces mi dolor con tu pena, sería como sentir una espada atravesándome el corazón de punta a punta: sería como morir doblemente.

Mis compañeros de celda me miran extrañados. Ninguno de los tres entiende por qué me encuentro aquí, pero yo sí lo sé, y sé que tú también lo sabes, madre. ¡Madre!, ¡madre!, ¡madre!, ¡madre! Te evoco hasta el hartazgo porque seguro estoy de que el universo captará mis pensamientos y, a modo de susurro divino, será capaz de transmitirme los sentires que me abordan. Sé que no podré despedirme estrechándote en mis brazos, sé que mi frente no volverá

a sentir el tacto perfumado de tu beso, sé que no tendré oportunidad de escribirte una de esas cartas que tanto te gustan... pero sé que los prodigiosos lazos que nos unen te harán llegar todo el amor que albergo y que me llevo. Madre, ¿será cierto eso que dicen, que la primera y la última palabra van dirigidas a quien nos dio la vida? Sí, debe ser cierto, porque antes de todo final... siempre hay un amor que se nombra, aunque sea en el silencio del pensamiento. Cómo no invocarte, si tus ojos son el mundo en que me miro y me recreo, que respiro y que me anida.

Ahora comprendo los discursos de mis antiguos profesores de La Residencia de Estudiantes, cuando decían que nunca debemos prefigurar el final de los destinos. ¡Cuánta verdad recogían esas ocho palabras! Quizá no debería haber vuelto, tal vez tendría que haber permanecido en Madrid, obedecer los consejos de Margarita, de Luis y de tantos amigos que me decían que era muy arriesgado regresar, y más en estos tiempos convulsos en donde España está en carne viva con esta guerra de ciegos. Sí, quizá debí escuchar sus recomendaciones, pero yo no nací para obedecer, sino para luchar por lo más sagrado que Dios otorga al hombre: la libertad, el sueño de elegir. Tú, madre, sabes mejor que nadie que soy una cumbre de pasión y honestidad. Y yo quería volver a casa, a mi nido, volar hacia donde nació mi vuelo. Tenía hambre de mi tierra, de nuestra huerta, de nuestro saloncito de todos los días, nostalgia de charlar contigo, con papá, con mis hermanos, y de cantaros viejas canciones sentado frente a ese piano en donde me enseñaste los primeros arpegios. Quería sentir tu olor, madre, ese olor a lavanda y a cidra, a pan recién hecho, a alcanfor, a sudor de dulces manos, a jabón, a vida, a tu sangre que es mi sangre... ¡Oler tu aroma a Santidad! Después de Dios, si había alguien a quien adorar era ti, a vosotros, a mi familia. Pero quién me iba a decir a mí —pajarillo que buscaba amparo en su nido— que aquí, justo aquí, encontraría los grilletes de mi sino. Qué contradictorio resulta que, después de haber llevado el nombre de España por todos los rincones del mundo, sea en mi amada tierra donde me arrinconen y me priven de la libertad a la que tanto he declamado.

Con un nudo en la garganta he encontrado valor para preguntar la hora, pues ya he perdido hasta la noción del tiempo.

—Faltará poco para las cinco de la madrugada —me ha respondido Dióscoro, un maestro de escuela al que han prendido, según dicen, por republicano.

Un quejido ha resbalado en mis ojos. No sé si me ha estremecido más oír la hora o la humildad desarmante con la que ese hombre me ha hablado sin levantar la vista del suelo. Su mirada está perdida, paralizada, inerte, como la de un pobre crío que contempla una catástrofe desde una lejanía que siente que se avecina a pasos de gigante.

Los otros presos son Francisco Galadí y Joaquín Arcollás, dos toreros arrestados por anarquistas. Me pregunto si serán gitanos, porque tienen la tez morena, una piel forjada en bronce, y con unos ojos tan negros y profundos, tan llenos de pena y de vidrio, de amor y decepción, que son dos pozos en donde veo cómo se ahogan los sueños de sus vidas rotas. ¡Ay, los gitanos! Es imposible que no florezcan en el cliché de mi memoria en este instante en el que la muerte me ronda. Los gitanos..., ese pueblo sin patria al que tan injustamente ha tratado la historia y que tanto me ha inspirado.

Las cinco. Qué bonita hora para mi último vuelo, madre, la misma a la que murió Sánchez Mejías. ¿Recuerdas aquel poema que le escribí a su muerte? Lo escribí poniendo el alma en cada verso y reprochándole a Dios el precio de la eternidad, desangrándome mientras lloraba, como escribimos los poetas cuando las musas entran a gritos por los balcones de los sentidos. Ignacio, como buen torero, murió a las cinco de la tarde, herido por asta de toro y en medio del gentío del coso; y yo, como buen amante de las horas de conticinio, si Dios no lo remedia, moriré a las cinco de la madrugada y bajo la atenta mirada de una luna que parece querer descolgarse del cielo. ¡A las cinco! ¡Sé que moriré a las cinco! La muerte vendrá a mi encuentro de noche, como llega a su cita puntual al mar la luna, como llega la madre hasta la cuna o como van los amantes a su entrega.

Si padre estuviera aquí, seguro que me diría: “Federico, hijo mío, no es momento de pensar en poesía”. Es como si lo estuviera viendo. Conociéndolo, sé que habrá movido cielo y tierra para rescatarme de este martirio. Dile que no se preocupe, que ya ha hecho bastante por mí, quizá más de lo yo merecía. Él siempre ha sido un hombre de catadura sigilosa, pero uno solo de sus gestos de orgullo valía más que todo el oro del mundo. Recuerdo cómo me aplaudía, cómo me abrazaba. ¡Madre, dile que no sufra! Dile que, cuando llegue su momento, en el alto cielo lo estaré esperando con alas de ángel para devolverle sus gestos.

Sí, estoy pensando en poesía. ¿En qué voy a pensar, si ella galopa en los pulsos de mi inquieta vorágine instintiva? La poesía lo es todo, madre, es el susurro y el grito, la caricia y el gemido, la confesión y la penitencia. Ella lo es todo, y todo se resume en una palabra: amor. Y ha sido justamente ese sentir la bendición de mi existencia y ahora el verdadero motivo del que se valen mis verdugos. Qué dulce es el amor..., y qué caprichoso, a veces demasiado, pues marca a fuego lo que a fuego arde. Pero, aun así, todos ansiamos sentirlo. Todos. Y da igual ser hombre o mujer, porque él es lo único que nos hace iguales frente al mundo.

Reconozco que nunca he tenido valor para hablar abiertamente de este tema, aunque creo que hay cosas que no hacen falta decir ni comprender. El amor es como la poesía, que no nace para ser comprendida, sino para ser sentida y dar sentido.

Aún recuerdo el día en que el amor, bandido sigiloso, me tomó por asalto. Quince años respuntaban mis hechuras cuando la fiebre de su primavera llegó a mi vida para instalarse en mi cuerpo y hacerme enardecer. Pero esa primavera, en contraposición a la supuesta moralidad, tenía nombre de hombre y no de mujer. Y callé, madre, callé por miedo, por vergüenza, por no ser correspondido, por creer que sería una espina en el vergel de la familia. Callé por tantas cosas... Hasta que una noche, harto de llorar deseos y reprimir querencias, decidí poner fin a la mordaza y abrir las puertas de mi edén amurallado, y qué mejor llave que gritar con versos lo que en mi alma florecía: flor oferente de amor y de primicia. Ahí comenzó todo, ahí nació el

poeta. Entre la vigilia de mis poemas podía vislumbrarse cómo en mis suspiros dormían las fugaces exaltaciones de mis idilios juveniles, amores ocultos, algunos correspondidos y otros no, pero no por ello carentes de pasión y vitalidad. Me pregunto cuántos amores no correspondidos habrán quedado vagando a lo largo de los siglos por culpa del silencio de unos labios, por la represión de unos deseos o por la timidez de unas palabras que nunca pudieron o supieron expresarse. ¡Pobre mundo este, tan lleno de sentimientos y tan desnudo de arrojo para afrontarlos! Pero quién iba a pensar que yo, un joven poeta de la vega de Granada, iba a traspasar fronteras, llenar teatros, dar voz a los que no tenían medios para alzarla y sentirme amado hasta la extenuación. Te confieso que nunca, ni en mis sueños más desafortunados, hubiera imaginado las glorias que me depararía la vida. Fueron años preciosos, madre. Me idolatraban en Madrid, en Buenos Aires, en La Habana, en Nueva York, en Uruguay... El poeta que llevaba dentro fue creciendo, aprendiendo, viviendo, encontrando a cada paso un nuevo amigo, un nuevo maestro que sustentaba el andamiaje de mis ganas de seguir escribiendo. ¿Qué dirán cuando se enteren de mi partida? Imagino la cara de Alberti, de Dalí, de Juan Ramón, de Gloria, de Pablo... Son tantos que sería imposible nombrarlos uno a uno. Nunca tendré suficientes palabras de agradecimiento para todos ellos. Pero de quien no puedo olvidarme es de Luis Rosales, mi Luisillo. Si vieras cómo me acogió en su casa y cómo su madre plantó cara a los civiles que fueron a arrestarme. Por favor, dale un beso en la frente cuando lo veas, un beso en nombre de los dos, y hazle saber que me llevo su amistad abrazada al infinito. Y qué decir de mi querida Margarita Xirgu. Pocos lo saben, pero ella me brindó la posibilidad de huir del país y refugiarme en México, en su casa, incluso me compró los pasajes para agilizar el viaje. ¿Pero cómo huir de donde uno se siente tan suyo? Además, vivir en distancia es malvivir hasta acabar muriendo. ¿Qué es unaavecilla lejos de su nidal? No, yo no podía huir, porque aquí en España me ataban dos nudos de amor a cuál más intenso: el de mi familia, nudo de sangre sementera; y... el amor de unos ojos de espiga sazónada que rebrotaban en el negro de los míos. Oh, madre,

qué ojos. Él me miró, yo lo miré, y la luz de la ceguera iluminó el incendio de nuestras almas. En él reconocí la timidez de su amor golpeando mi aldaba, y él reconoció mis deseos maduros de abrir mi puerta y mis candados. Ambos reconocimos nuestra sed de llegar y sed de llegada. Sólo con mirarnos entendíamos nuestro sufrimiento de amor prohibido, así que, cuando rozábamos con disimulo nuestros dedos, nos sentíamos como dos ángeles que tocaban con temor un cuerpo virginal y creían tener un pedazo de sol entre sus manos. Sí, madre, me voy enamorado, lleno de dicha y primavera, de insomnio y de latidos. Me voy tan lleno de amor y poesía que me siento vacío de suspiros. Sé que él me quiere, y él sabe que lo quiero, lo que tal vez nunca sabrá es que nuestras vivencias han sido el resplandor que me hacía falta para escribir mi última obra: *Sonetos del amor oscuro*. Ojalá esos versos puedan ver la luz algún día, para que él sienta y sepa que todo yo le pertenezco: que desde que me miraron sus ojos, los míos dejaron de ser míos para ser suyos. En esos poemas no me callo, ya no, porque vivir callado te hace presa de un falso gozo que te mutila y te flagela. No mentaré su nombre, madre, porque no quiero que corra mi misma suerte; es más, preferiría morir cien veces antes que saber que sufre por mi culpa. Sólo con imaginar su llanto por mi ausencia, en mi cuerpo se hinca un alarido que me desgarrar el pecho y lo deshila. Hoy, mientras me traían hacía aquí, he pronunciado su nombre, pero lo hecho en silencio, sin que nadie me oyera; y de igual forma que el verbo se hizo carne, su nombre se ha hecho beso en mi saliva. Tú bien sabes, madre, que Dios se posa en los labios cuando llamamos con el Alma a quien desde el Alma se ama. Y por eso mi entendimiento no halla razones para comprender cómo puede haber gente que juzgue y condene el hecho de que dos personas se quieran. ¿Entiendes ahora por qué no podía distanciarme de España? La distancia es el fin de un tierno amor que, de caricias falto, languidece como polen distante de su flor.

Dicen que me han arrestado por socialista y por masón. No, no es verdad; de hecho, como dije en su día, soy simplemente español, español como el que más, pero ante todo soy un hombre

del mundo, amante del amor y de quienes saben amar. Soy hombre, sí, pero por encima del hombre está la persona, aspecto que la historia parece olvidar muchas veces. Y sólo por eso, por obrar con dignidad, por no acallar mis sentimientos y ser justo con mis principios, me acusaron sin miramiento alguno y me trajeron a este cuarto de mala muerte en donde he sufrido vejaciones que, por mi condición de hijo, tengo a bien no mencionar. Además, no pretendo dar pena: una persona maltratada sólo busca ser comprendida, nada más.

Ay, madre, qué fácil es hundir la reputación de alguien sólo con añadir un sobrenombre al nombre con el que tanto amor nos bautizan al nacer. ¡Qué fácil es poner las lenguas en funcionamiento y ultrajar la honra de un ser humano! Pero lo que no saben es que ese insulto con el que me lapidan no despierta mi animadversión. ¿No se dan cuenta de que, sin quererlo, me están haciendo más hombre que ellos? Podrán amordazarme y golpearme hasta caer, pero el martirio físico no podrá matar lo que el Alma siente. No, no tengo nada de lo que avergonzarme. ¿Es que es un delito querer? ¿Acaso amar a un hombre me hace ser menos persona? No, todo lo contrario. El orgullo que siento no hay fuego, veneno, fusil, tumba o cielos que lo apure, que lo mitigue, que lo contenga o lo atempere. ¡Ese orgullo sí es de hombres!

Ya vienen, madre, ya oigo sus pasos y sus carcajadas mordaces. Se acercan, están aquí, ya escucho en la cerraja la doble vuelta de llave y el rechinar de las bisagras. Ya nos llevan a “dar el paseo”. Pero te confieso que no tengo miedo, ya no, porque el miedo es para los cobardes y me acabo de dar cuenta de que yo nunca lo he sido. ¿Cómo va a ser cobarde una persona que grita con orgullo lo que en sus venas hierve como caldero al fuego? ¿Cómo voy a ser un cobarde, si prefiero morir amando antes que vivir negando el amor que me da la vida?

Recuerdo que una vez escuché que hay que tener cuidado con las cosas que se desean, porque todo lo que pedimos es concedido. Y así es. Yo siempre dije que “como no me he preocupado de nacer, no me preocupo de morir”, que me gustaría partir en silencio, sin una campana que doble, sin llantos en mi lecho, sin mármol ni epitafios en donde el llanto se asome.

Y fíjate qué curiosa travesura del destino, mis palabras se han cumplido al pie de la letra como una profecía. Quiero que nadie sufra, que todos canten porque para cantar nací, para escribir, para recitar, que sepan que fui poeta, un hombre, un pájaro, una flor, un toro embravecido, una persona que en la bandera de la libertad bordó el amor más grande de su vida. Si he de morir, que el mundo entienda que este pasaje lo compré antes de que naciera, así que nadie llore, porque, mientras alguien me recuerde, no me iré por entero.

Illuminados por el fanal de la luna, vamos caminando hacia la nada y hacia el todo. ¡Oh, madre, qué orgullo morir paseando sobre los campos de mi Granada, sentir la caricia de su tierra bajo mis pies y cerrar los ojos en el mismo sitio donde un día se abrieron para abrirme al mundo! Me siento como un ángel que despliega sus alas ante la gloria.

El maestro de escuela, los toreros y yo nos miramos por primera vez sin parpadear. Nunca he visto unos ojos tan expresivos. Nuestras miradas se cruzan, se ensamblan, se abrazan, hablan. “Siénteme, hermano, no estás solo”, gritan nuestras pupilas, mientras seguimos avanzando con pasos lentos y vagarosos, como corderos amansados que saben que van a un mismo redil.

De pronto el frío se hace aún más frío, un frío que de tan frío quema. De pronto... un grito me paraliza, me golpea, me hace temblar y me liberta. —¡Por maricón! —escucho a mis espaldas, a traición, mientras el traquido del arma restalla en el silencio y parte la noche en dos.

El desprecio de ese grito, más sentencia que grito, es lo que verdaderamente me mata, eso y no la bala que ha hecho eco en la noche y blanco en mi cuerpo.

Son las cinco, hora en la que los ruidos dan tregua, el sol no importuna y se encienden las estrellas en la espesura nocherniega. Bonita hora para cerrar los párpados, para soñar, para imaginar que estás aquí, en mí y conmigo, como siempre.

Con labios inundados de amor y de agonía, lanzo un beso al aire mientras mi estampa se desploma sobre el esparto y las jaras. Tendido me encuentro, en pijama, bañado de sangre y luz de luna, muriendo... pero más vivo que nunca. Soy aliento que asciende con ala rediviva, poesía

que se extiende a ras del suelo donde mi físico se extingue y mi alma retoña. Estoy feliz, madre, ¡no sufras! Dormiré por siempre en mi tierra, acostado entre sus raíces, abrazado a ellas y por ellas, fundiéndonos hasta sentirnos matriz ayuntada en un mismo labrantío.

La luna parpadea. ¡Qué luna! Me recuerda al guiño de los cómplices, a los ojos de ese hombre cuyo amor llevo prendido en mi ceguera. Me voy queriendo hacer lo inacabado, lo que nació y vivió para ser cielo, pero feliz porque será eterno en mi recuerdo sepultado. Ya no sé si estoy muriendo por la herida o de tanta pasión almacenada. Me siento como el niño que cae en un extraño sueño y llora porque pierde entre sus sábanas una lágrima de plata. Sí, sólo una lágrima he derramado, sólo una. Lloro de pena, sí, y a su vez de esperanza, porque el tiempo es el más fiel hijo de la verdad y dejará al descubierto las sinrazones del pasado. Sé que en algún momento todo cambiará, sólo hay que esperar a que el mundo madure. Eso lo aprendí desde muy joven, en la huerta, mientras contemplaba impaciente el florecer de los duraznos. Esperando, el nudo se deshace y la fruta madura...

Estoy tranquilo, en paz, en calma, porque me voy sabiéndome libre y no condenado. Los que se han condenado, y son incapaces de verlo, son mis asesinos, aunque he de decir que a todos los perdono, porque tampoco soy quién para juzgar. Si algo bueno he aprendido de esto es a no ser como ellos. De lo que estoy seguro es de que quisieron humillarme y convertirme en escarnio público, pero lo que no saben es que con mi muerte alimentarán mi figura... y la pólvora mortal grabará a fuego mi nombre en los anales de la historia. Podrán llamarme maricón, pero con esas siete letras no ensombrecerán mi dignidad como hombre, hijo, hermano, amante y ciudadano del mundo. Ningún error cometí... más que el de defender mi persona. Y lo más importante, madre, hoy no han matado a tu hijo, sino que han hecho eterno a un poeta. No sufras, mamá, ¿no te das cuenta de que seguiré viviendo? Recuerda que una cosa es morir, y otra cosa estar muerto. No llores, madre, que ya estoy volando y durmiendo... a las cinco... Son las cinco de la ma...dru...ga...d...